

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

73 Cercanías de la Plaza del 25 (III)



hombre y ser a modo de provocación alternante nos muestra sorprendentemente cerca que de la misma manera que el hombre es dado en propiedad al ser, el ser, por su parte, ha sido atribuido en propiedad al hombre (...). De lo que se trata es de experimentar sencillamente este juego de propiación en el que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente, esto es, adentrarnos en aquello que nombramos *Ereignis*” (Martin Heidegger, *Identidad y diferencia*, Anthropos, 1990, p. 85). En la *Carta sobre el humanismo* –1949, que funciona como respuesta al texto algo leve y veloz aunque siempre rico de Sartre, *El existencialismo es un humanismo*– Heidegger liquida al humanismo. “El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este ‘menos’ el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad” (Heidegger, *Hitos*, Alianza, Madrid, 2001, p. 281). La *Carta* termina con otra metáfora campestre, obra maestra del kitsch nacional-socialista de Heidegger: “Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo” (*Ibid.*, p. 297). Sólo algo más: el otro texto sobre el que se arrojaron Deleuze y Badiou, por ejemplo, para elaborar el concepto de *acontecimiento* es el que aquí se ha traducido como *Acerca del evento*. “Evento” no es la palabra. Foucault la usa, en francés, de un modo que se acerca a “evento”, pues fue él quien primero teorizó sobre la cuestión, Deleuze y Badiou lo plagieron o, si prefieren, continuaron su senda. La noción heideggeriana de “acontecimiento” ya es decididamente zen: “En el esenciarse de la verdad del ser [Sein], en el evento y como evento, se oculta el último dios” (Heidegger, *Aportes a la filosofía, acerca del evento*, Traducción Dina V. Picotti C., Almagesto-Biblos, Buenos Aires, 2003, p. 37). Se trata de los célebres –para cierta clase de filósofos “contemporáneos”– *Beiträge*. Bien, en *esto* está la filosofía. Para disgusto de tantos heideggerianos y amigos de la French Theory pienso que el hombre es el amo de lo ente. Que el hombre hace y des-hace sobre la Tierra. Y, en efecto, como dice Heidegger en el reportaje de *Der Spiegel*, “esto en que hoy vivimos ya no es la Tierra”. No lo es. Y acaso pronto ni siquiera sea lo que ya no es, porque el amo de lo ente habrá destruido todo lo que hay por destruir. Al hombre no le ha interesado pastorear al ser ni ganar “la esencial pobreza del pastor”. El hombre –salvo el mundo de la filosofía académica– valora más sus armas de destrucción y los elementos energéticos que con ellas conquista mediante guerras horribles que cualquier posible encuentro con el “ser”, al que no conoce, al que ni Heidegger le vio la cara. El pensamiento de Heidegger sobre la técnica y su nacimiento en la modernidad con la subjetividad que Descartes centraliza en el cogito es correcto: eso es el capitalismo. El hombre capitalista sólo se concibe a sí mismo como amo de lo ente. Se reiría si le propusieran ser el pastor del ser. Entre tanto, todo este aparato cuasi místico del *Ereignis* ha logrado entronizar en la filosofía al lenguaje, a la semiología, al deconstructivismo. No se puede pensar la historia, ni el horror ni la tortura desde ahí. No se puede pensar la historia que este monstruo incontenible –el hombre *Amo de lo ente*– está constituyendo. El hombre –en tanto ser-para-la-destrucción– se ha centralizado y hace una historia que horrorizaría todavía más al Angelus de Benjamín (pensador que sí nos sirve para pensar estos tiempos apocalípticos). El ser es praxis. Es la praxis desbocada de los sujetos históricos que colisionan en una territorialidad –en un planeta– amenazado ya por los efectos de esas luchas. De Heidegger hay que conservar su primer gran libro: *Ser y tiempo* (1927). Porque es una antropología existencialista. Un estudio del hombre (*Dasein*, sin discusión alguna) que, al hacerse la pregunta por el ser, es el *ahí* del ser y el punto de partida de la ontología fundamental. Y sus análisis sobre el poder destructivo de la técnica, que retomó la Escuela de Frankfurt con mejores resultados y que Sartre y Foucault relacionaron, el primero con la lucha de clases y la explotación colonial, y el segundo

con el Poder y la resistencia al Poder, las conductas, a las que llega tarde pero llega. Perdón por esta nota extensa pero –creo– necesaria. Además, si uno se mete con Heidegger –el filósofo referente de toda la filosofía contemporánea y académica actual, menos la neopositivista– debe hacerlo seriamente. No sé si aquí tenía el espacio para eso. Remito siempre a mi libro sobre “el barro de la historia”, donde esa crítica tiene mayor desarrollo. Pero aquí necesitaba plantear un par de cuestiones para desarrollarlas a continuación. Pocas historias como el relato peronista del año ’73 explicitan la figura del hombre *amo de lo ente*, del hombre en tanto negación y hasta burla del pastoreo del ser, del hombre que, si de algo se *apropia*, no es del ser (en esa mutua *propiación* que es el *Ereignis* en el claro del bosque), sino de los entes a los que llama *armas*, que le permiten matar a los otros hombres y *Apropiarse del Poder*. Yo diría, aquí y sin arriesgarme demasiado, que en Foucault está clara una filosofía que hace del Poder el ser, lo Uno. De eso quiere apropiarse el amo de lo ente. Necesita organizar lo óntico (los entes en tanto armas, las cosas en tanto armas de tortura y destrucción) para matar a los Otros, pues el amo de lo ente, el ente antropológico o, sin más, ese ente al que llamamos “hombre” busca apropiarse del poder excluyendo al Otro, matándolo. No hay aquí eso que Emmanuel Lévinas llama *epifanía del rostro*: ver en el Otro mi mismidad y saber que sin el Otro no puedo acceder a ella. Lo que me hace *responsable* de ese Otro. Lo que me conduce al “no matarás”. (Ver *Totalidad e infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.) ¿Vemos algo de todo esto en los asesinos del palco de Ezeiza que suben a ese joven tirándolo de los pelos? ¿Qué vemos en la violencia de los lenguajes bélicos del ’73? ¿Ahí mora el ser o ahí late, anunciándose sobre los otros, la Muerte? En suma, creo que se niega el humanismo porque no se le quiere ver la cara. El humanismo es la praxis histórica del hombre bélico que mata y no cesa de matar para apropiarse –no del ser– sino del Poder, y desde el Poder seguir matando. Esto es lo que se verá en los próximos textos que habrán de dedicarse a la violencia, a la praxis de apropiación, a la búsqueda del poder, al ejercicio de la muerte, a la más absoluta negación del Otro. Porque al hombre *amo de lo ente* no le importa su Mismidad. Le importa algo exterior a él y que su pulsión de conquista y de dominio y de muerte lo lleva a conquistar, a apropiárselo: el Poder. Creo que es ya inútil –aunque siempre necesario– preguntarse si el hombre debe o no matar: *El hombre no puede no matar*.) Para Horacio, “crear conciencia” era “movilizar”. La conciencia no era estática. La conciencia salía a la calle. Este “salir a la calle” era la militancia del sujeto práctico. Sin ese “salir a la calle” del agente práctico, de la conciencia que se creaba en tanto parte de la movilización de un pueblo, no había historia. No había estructuras. Desde luego que cuando “salía a la calle” la conciencia se encontraba con un “mundo” del que ya era parte, con una estructura que la sobredeterminaba, pero siempre, por medio de la movilización, de la praxis política humanizadora, era parte de una realidad que elegía y que, también, la elegía. Cuesta hablar de la praxis política sin hablar de la libertad del sujeto. Aun el más endeble perejil llevado a una movilización por el puntero de su barrio tuvo que elegir hacerlo, tuvo que elegir ser elegido.

¿QUÉ DIJO PUIGGRÓS CUANDO LO PUSO A KESTELBOIM EN DERECHO?

El otro gran tema es el de la *verdad*. Lo dijimos: ¿dónde está la verdad? La verdad no existe, la verdad se crea. La verdad se conquista y se impone a las otras verdades, silenciándolas, negándolas. En ese mismo número de *Envido*, en el artículo *Cooke, peronismo e historia*, aún con 29 años, yo escribía: “Ante el hecho histórico no hay sino posturas interesadas, porque aun estos mismos hechos están tejidos por intereses. ¿O es que acaso hay alguno que no exprese la práctica política de una clase social o un movimiento de liberación? Que la batalla de Caseros tuvo lugar en febrero de 1852, es algo que nadie

discute. Es una ‘verdad histórica’, si se quiere, pero no sirve de mucho. Lo que sí está en juego es la interpretación y el sentido final de esa batalla, pues la *verdad histórica es también una práctica y una conquista política*” (*Envido*, N 8, p. 24, cursivas mías). El texto habrá sido escrito en febrero de 1973. Nunca había leído a Foucault. Menos sus ideas acerca de la relación entre poder y verdad. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, gran texto de Foucault, es de 1971. *Los intelectuales y el poder* (un diálogo con Deleuze), de 1972. La conferencia sobre Nietzsche y la crítica del conocimiento, que forma parte de *La verdad y las formas jurídicas*, es parte de las conferencias que dio en Brasil entre los días 21 y 25 de mayo de 1973. Asumía Cámpora y Foucault estaba en Brasil hablando de la verdad y el conocimiento en Nietzsche. Mencioné estas cuestiones en la Universidad de Maryland en 1984 y el cáustico Halperin Donghi dijo, después, cuando yo menos me lo esperaba: “Feinmann se jacta de haber inventado a Foucault”. Buen chiste, pero no es así. Quiero decir que junto a la militancia política (y en medio de una esperanza histórica sin tantos fundamentos como creíamos: éramos jóvenes y ser joven es, en buena medida, eso: crear sin muchos fundamentos, a veces sin ninguno) trabajábamos seriamente el nivel teórico de esa praxis. Esto no se sabe. O se ha olvidado. O todo se organiza para no recordarlo. Hoy, a Horacio, el que escribió el formidable texto que cité, un periodismo amarillista e ignorante (creo que se atreven a agredir a David Viñas porque, sin más, no saben quién es, de quién están hablando: nada menos que del maestro de una generación) lo acusa de recibir dinero del Gobierno por ser funcionario. A mí, aunque soy un “inorgánico”, de ser algo casi semejante por mi programa *Filosofía, aquí y ahora*, que exhibe el excepcional Canal Encuentro y que ha llevado por primera vez la filosofía a la televisión para beneplácito de muchos: lo sé porque esa gente me lo dice. Injurian con liviandad a Ricardo Forster, a Tristán Bauer o a Horacio Verbitsky, que se encuentra a distancias siderales de ellos como el formidable periodista que es. No importa. Lo que me importa decir es que –con el camporismo– se acercó al gobierno una generación de intelectuales políticos que teorizaba sobre su praxis en tanto se entregaba a ella. Esa generación no “asaltó” (un término nacional socialista: tropas de asalto; también la palabra clave del importante libro de György Lukács contra el irracionalismo nietzscheano y nacional socialista: *El asalto a la razón*) a las universidades – como horriblemente dice Andrew Graham Yooll, comparando la gestión que inauguró el viejo historiador y politólogo marxista y luego peronista Rodolfo Puiggrós con la “noche de los bastones largos”, sino que les impuso sin duda un desorden inevitable pero creativo. Fue *Cabil-do* la revista que pidió antes que nadie la “intervención de las universidades”. Luego, *Gente*. Más o menos con los mismos argumentos que un apasionado antifascista como Andrew: *El imperio del desorden*. Hubo una respuesta impecable de Juan Carlos Portantiero –que fue parte de esa Universidad, aunque nada tenía que ver con la juventud peronista– en la que explicitaba que la burguesía y la oligarquía jamás podrían entender el sentido profundo de la palabra *desorden*. Que, en buena hora, se habían desordenado las universidades. Ya lo veremos mejor. Pero la Jotapé había asumido su tarea en la Universidad como una tarea de des-orden: se trataba, precisamente, de cambiar un Orden por otro. Nada pudo impedir que el nazi Alberto Ottalagano –no bajo Perón, sino bajo López Rega e Isabel– fuera nombrado amo y señor de las casas de altos estudios. ¿Cómo iba a seguir Puiggrós? ¿Saben qué dijo Puiggrós cuando lo puso al brillante Ricardo Kestelboim como decano de la Facultad de Derecho? Es una joya. Una frase digna de un tiempo de antagonismos y tormentas cotidianas: “Lo puse porque es un revolucionario en una facultad de conservadores. Lo puse porque es un judío en una facultad de antisemitas”.

Colaboración especial: Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

La Plaza del 25: el
cielo por asalto

IV Domingo 12 de abril de 2009